

Sólo pudo ver una vaga línea de claridad que se escapaba de las ventanas entreabiertas. Pero esto le bastaba. Podía imaginar con precisión la tranquila velada que pasaba ella en la amplia sala de reps encarnado. Sabía el nombre de los libros que leía, las partituras que tenía junto al piano, y por la mañana vió arreglar las flores que en aquellos instantes embalsamaban la habitación. Pensaría alguna vez en él. De fijo; la enferma le obligaba á recordar las horas de la medicina, las explicaciones que él le diera y el sonido de su voz, y hablando con miss Sarah pronunciaría seguramente su nombre. Dos veces recorrió la calle de San Francisco y se fué hacia casa, bajo la noche estrellada, despacio, pensando en la dulzura de aquel amor.

Entonces, todos los días, durante semanas, tuvo una hora deliciosa, espléndida, perfecta: la visita á la inglesa.

Saltaba de la cama cantando como un canario y penetraba en el día como en una acción triunfal. Llegaba el correo é invariablemente le traía una carta de la Gouvarinho, tres hojas de papel, de las que caía casi siempre una florecita medio mustia. Dejaba que la flor cayera en la alfombra y no sabía lo que decían aquellas largas líneas cruzadas. Apenas se enteró de que tres días después de llegar á Oporto, su padre, el viejo Thompsón, tuvo una apoplejía. Ella tenía que permanecer allí de enfermera. Luego, llevando dos ó tres hermosas flores del jardín envueltas en un papel de seda, partía para la calle de San Francisco, siempre sin coche porque el

tiempo había cambiado, soplabá el sudoeste y llovía de continuo.

En la puerta, Domingo le acogió sonriendo. *Niniche* acudía, haciéndole fiestas, y él esperaba un instante en la sala, de pie, examinando en el piano las partituras que tocara aquella mañana ó el libro que dejara abierto, con un cuchillo de marfil entre las hojas.

Entraba. Su sonrisa al darle los buenos días y su voz de oro, tenían para Carlos cada día un encanto nuevo y más penetrante. Llevaba ordinariamente un vestido obscuro y sencillo. Apenas una corbata de encaje antiguo ó un cinturón cuya hebilla estaba cuajada de piedras preciosas, avivaban aquel traie sobrio, casi severo, que parecía más bello á Carlos porque se le antojaba la expresión de su alma.

Empezaban por hablar de miss Sarah y de aquel tiempo húmedo y revuelto que tan desfavorable le era. Conversando aun de pie, daba ella aquí y allá, mejor colocación á un libro ó á una partitura ó arreglaba una silla y maquinalmente, al pasar, sacudía la superficie de los muebles ya perfectamente limpios, con los magníficos encajes de su pañuelo.

Ahora, le acompañaba siempre á la habitación de miss Sarah. Por el corredor amarillo, andando á su lado, Carlos se turbaba sintiendo la caricia de su perfume de jazmin, que parecía brotar del movimiento de sus sayas. A veces abría familiarmente la puerta de un cuarto: allí era donde Rosa brincaba y donde tenía los trajes, los carruajes y la cocina de Cri-cri. Encontrábanla vistiéndose y hablando con la muñeca ó bien sentada en el sofá, con los piecitos cansados, inmóvil, perdida en la admiración de algún libro de láminas, abierto sobre sus rodillas.

sonreía la niña hacia Carlos, le ofrecía su boquita y de toda ella emanaba la frescura de una linda flor.

En el cuarto del aya, María Eduarda se sentaba á los pies del blanco lecho y Carlos bromeaba con la pobre miss Sarah, que aun tosía, diciéndole que durante aquel tiempo era una dicha estar en cama rodeada de cuidados con algunos libros al alcance de su mano y comiendo buenos bocados. Ella miraba con cariño á Madame y luego murmuraba:

—*¡Oh yes. Y am very comfortable!*

Y se enternecía.

Luego, en los primeros días, al volver á la sala, María Eduarda se había sentado en su silla y tomado naturalmente su labor, como en presencia de un antiguo amigo. ¡Con qué felicidad profunda veíale el desplegar aquel bordado! Debía representar un faisán de rutilante plumaje, pero por ahora sólo aparecían algunas florecillas blancas, frescas como el rocío de la mañana.

Carlos, junto al escritorio de ébano, ocupaba la más vieja y cómoda de las poltronas de reps encarnado, cuyos muebles crujían levemente. Entre ellos había el costurero con ilustraciones ó algún periódico de modas; á veces, durante un breve silencio, ojeaba él los grabados, mientras las lucidas manos de María, con brillo de joyas, se movían con presteza. En aquellos oscuros días de lluvias llenos de tristeza y frialdad, aquel rincón tenía la paz de un hogar íntimo y cariñoso...

Pero en lo que hablaban no había intimidad alguna. Hablaban de París y de sus encantos, de Londres donde ella pasó cuatro lúgubres inviernos, de Italia, que tanto deseaba ver, de libros, de cosas de arte. Las novelas que prefería eran las de Dickens y le agradaba mucho menos Feuillet porque todo lo cubría con polvos de arroz, hasta las heridas del

corazón. A pesar de haber sido educada en un convento severo de Orleans, conocía á Michelet y Renan y no era católica practicante. Pensaba de un modo recto y sano y tenía un fondo de ternura para todo lo que sufre y es débil. Así, le agradaba la República porque le parecía el régimen que más cuida de los humildes. Carlos le probaba riendo que ella era socialista.

Socialista, legitimista, orleanista, cualquier cosa mientras no haya gente que tenga hambre.

¿Era esto posible? El mismo Jesús que se forjara tan dulces ilusiones, declaró que siempre habría pobres...

Jesús vivió hace muchos años, Jesús no lo sabía todo... Hoy se sabe más, los hombres saben mucho más... Es necesario organizar una sociedad distinta en que no haya miseria. En Londres, á veces, había visto criaturitas tiritar en los portales, gemir de hambre... ¡Y en París! Junto al lujo de los boulevards. ¡Cuánta pobreza, cuánta necesidad!

Sus bellos ojos se henchían de lágrimas y cada una de aquellas palabras expresaba todas las bondades complejas de su alma, como en un soplo solo pueden juntarse todos los aromas esparcidos en un jardín.

Fué un encanto para Carlos cuando María la asoció á sus caridades pidiéndole que fuera á visitar á la hermana de su planchadora que tenía reuma y al hijo de la señora Augusta, la vieja del descansillo, que estaba tísica. Carlos realizaba aquellos encargos con el fervor de una acción religiosa. Aquellas piedades le recordaban á su abuelo. Como á Alfonso, le consternaba ver padecer á un animal. Un día volvió indignada de la plaza de Fineira, casi con ideas de venganza por haber visto que las vendedoras tenían á las aves de corral días y días en el

mismo cesto, padeciendo los tormentos de la inmovilidad y del hambre. Carlos explicaba aquellos hechos en el Ramillete, increpando violentamente al marqués, que era miembro de la *Sociedad protectora de animales*. El marqués, indignado también, juraba hacer justicia y hablaba de grilletes, de presidios... Y Carlos, conmovido pensaba en cuán amplia y distante influencia puede ejercer, aun aislado, un corazón generoso.

Una tarde hablaron de Dámaso. Ella le encontraba insoportable con su petulancia, sus ojos saltones y sus preguntas necias. ¿Le gusta á usted Niza? ¿Le gusta la capilla de San Juan Bautista en *Notre-Dame*?

—¿Y la insistencia en hablar de personas que no conozco? La señora condesa de Gouvarinho, los tes de la señora condesa de Gouvarinho, las comidas de la señora condesa de Gouvarinho, la preferencia que le demostraba la señora condesa de Gouvarinho... ¡Y esto durante horas! A veces temía dormirse...

Carlos se puso colorado. ¿Por qué citaba entre todos el nombre de Gouvarinho? Se tranquilizó viéndola reír de un modo franco. Pero para ahogar hasta el recuerdo de aquel nombre, empezó á hablar del señor Guimaraes, el famoso tío de Dámaso, el amigo de Gambetta...

—Dámaso me ha dicho que usted le conoce mucho...

Ella levantó la vista y se ruborizó levemente.

—¿El señor Guimaraes?... Sí, le conozco mucho... Ultimamente nos veíamos menos, pero fué muy amigo de mamá.

Y después de un corto silencio dijo sonriendo:

—¡Pobre Guimaraes! Su influencia se reduce á traducir noticias de diarios españoles é italianos para

el *Rappel*, y de esto vive... Si es amigo de Gambetta, no sé; pero aun cuando es un buen hombre y muy honrado, es grotesco, es una especie de Gedeón republicano. ¡Y tan pobre! Dámaso, que es rico, si tuviese decoro ó buenos sentimientos, no le dejaría vivir de un modo tan miserable.

—Pues entonces, ¿esos carruajes y ese lujo del tío de que habla Dámaso?

María Eduarda se encogió de hombros y Carlos sintió un asco intolerable por Dámaso.

Poco á poco, en sus conversaciones hubo una intimidad más penetrante. Quiso saber la edad de Carlos y éste le habló de su abuelo. Y durante aquellas horas suaves en que ella silenciosa bordaba punto tras punto, él le contaba su vida pasada, sus planes para lo porvenir, le citaba anécdotas de sus amigos y de sus viajes... Así conoció María Eduarda los paisajes de Santa Olavia, el Reverendo Bonifacio, las excentricidades de Ega. Una vez quiso que Carlos le explicase el argumento de su libro *La medicina antigua y moderna*. Aprobóle con simpatía que describiese las figuras de los grandes médicos, de esos bienhechores de la humanidad, pues ella creía que salvar la vida á un niño era acción mucho más bella que la batalla de Austerlitz. Y estas palabras, que decía con sencillez, caían en el corazón de Carlos y quedaban allí mucho tiempo palpitando y brillando. Le había hecho, pues, muchas confidencias y no sabía nada de su pasado, ni siquiera la tierra en que naciera, ni aun la calle que habitara en París. No le oyó jamás hablar de su marido ni de un amigo, ó de una alegría de su casa. Pareció no tener en Francia, donde vivía, ni intereses ni hogar; y era realmente como la Diosa que él ideara, sin contactos anteriores con la tierra, bajada de su nube de oro para sentir en aquella habitación alquila-

da de la calle de San Francisco su primer estremecimiento humano. Desde la primera semana de las visitas de Carlos, habían hablado de afecciones. Ella creía cándidamente que pudiese haber entre una mujer y un hombre una amistad pura, inmaterial, realizada por la amable concordancia de dos almas delicadas. Carlos juró que también tenía fe en aquellas bellas estimaciones compuestas de razón y estimación con tal de que hubiese en ellas una punta de ternura por leve que fuese. Y á consecuencia de aquellas palabras murmuradas entre sonrisas, quedó acordado que entre ellos sólo habría un sentimiento casto, legítimo, lleno de suavidad y sin tormentos.

Pero, ¿qué le importaba á Carlos? Con tal que pudiese pasar una hora en aquella poltrona contemplándola cómo bordaba y conversando con ella; con tal de ver su rostro sonrosado inclinarse hacia las flores que bordaba; con tal de imaginar que alguna vez pensaba María Eduarda en él, sentíase contento.

No pensaba siquiera que aquella amistad casta era el camino más seguro para atraerla á sus ardientes brazos de hombre. En el deslumbramiento que le produjera verse admitido en una intimidad que juzgara impenetrable, desaparecían sus deseos: lejos de ella á veces llegaba hasta pensar temerariamente en un beso ó en una fugitiva caricia con las puntas de los dedos; pero apenas recibía la tranquila mirada de sus ojos negros, caía en devoción y juzgaba un ultraje bestial rozar siquiera las franjas de su vestido.

Fué aquel el período más delicioso de su vida. Sentía dentro de sí desconocida dulzura. Nunca imaginara hallar tanta felicidad en mirar las estrellas ó en bajar por la mañana al jardín para escoger la

rosa más fresca. Tenía en su alma una constante sonrisa, que repetían sus labios, y el marqués decía que se había puesto almibarado. A veces, paseando solo por su cuarto, preguntábase á qué extremos le llevaría su grande amor. No lo sabía. Quedábanle tres meses de espera, los tres que ella pasaría en Lisboa... Su marido estaba lejos, separado por las olas traidoras del mar; él era rico; el mundo muy grande...

Conservaba todavía sus grandes ideas de trabajo, porque quería que las horas que no perteneciesen á las puras felicidades del amor, perteneciesen á las alegrías fuertes del estudio. Iba al laboratorio y añadía algunas líneas á su manuscrito. Pero antes de su visita á la calle de San Francisco, sentíase inquieto y poco apto para el trabajo, y al volver de ellas recordaba cuanto había ocurrido y las palabras y ademanes y sonrisas de su amada... Fumaba cigarrillos y leía sus poetas favoritos.

Todas las noches, en el despacho de Alfonso, se jugaba la partida de *whist*. El marqués se batía al dominó con Taveira y quedaban ambos enfrascados en aquel vicio durante horas y horas. Después de las carreras, el secretario de Steinbroken empezó á ir al Ramillete; pero era un sér inútil que no cantaba siquiera como su jefe las baladas de Finlandia. Sepultado en el fondo de una poltrona, de frac, con el monóculo siempre puesto, balanceando la pierna, retorció en silencio sus largos bigotes tristes.

El amigo que Carlos gustaba ver entrar, era Cruces, que venía de la calle de San Francisco y parecía traer algo del aire que María Eduarda respiraba. El maestro sabía que Carlos iba todas las mañanas á ver á la miss inglesa, y muchas veces ignorando el interés con que Carlos le escuchaba dábale noticias de su vecina.

—La vecina está tocando ahora música de Mendelshon... Tiene ejecución y expresión la vecinita... Es una artista...

Si él no iba al Ramillete, Carlos acudía á su casa á buscarlo. Entraban en el Gremio, fumaban un cigarro en alguna sala solitaria y hablaban de la vecina, á la que Cruges hallaba un aspecto de gran señora.

Casi siempre encontraban al conde de Gouvarinho con una claridad de esperanza en sus lentes y la frente erguida. Carlos le preguntaba por la condesa. Estaba en Oporto cumpliendo sus deberes de hija...

—¿Y su suegro?

El conde bajaba el rostro, radiante, para murmurar sombría y resignadamente:

—¡Mall!

Una tarde Carlos conversaba con María Eduarda acariciando á *Niniche*, cuando Román entreabrió discretamente el portier y, bajando la voz, con expresión embarazada, como de complicidad, murmuró:

—¡Es don Dámaso!..

Ella miró á Román sorprendida de aquel tono y casi escandalizada:

—Bien; dígame que pase.

Dámaso entró en la sala, vestido de luto, gorducho, risueño, familiar... Pero al ver á Carlos allí, quedó asombrado, como tonto. Saludó á María Eduarda, y volviéndose luego hacia Carlos con los brazos abiertos, exclamó ruidosamente:

—¿Tú por aquí? ¡Vaya una sorpresa! ¡Quién me lo dijera! No creía yo...

María Eduarda, incomodada por aquellos gritos, indicóle levemente una silla, interrumpió brevemente el bordado y le preguntó cuándo llegara.

—Hace unas horas... Vengo un poco cansado, como es natural. Vengo directamente de Peñafiel y, como ve usted, acaba de ocurrirme una gran desgracia.

Diciendo esto indicaba su traje negro.

María Eduarda murmuró una palabra de sentimiento vaga y fría. Dámaso parecía más mofetudo y barrigudo que antes y los rollizos muslos querían estallar dentro del pantalón de casimir negro.

—¿De modo que ahora le tenemos por aquí algún tiempo?—preguntó María Eduarda.

Empujó levemente la silla hacia ella y dijo risueño:

—Ahora, señora mía, nadie me arranca de Lisboa. Muérase quién quiera, no me muevo. Mucho ha de costar arrancarme de aquí.

Carlos continuaba acariciando soségadamente el pelo de *Niniche*. Reinó breve silencio. María Eduarda había vuelto á tomar el bordado y Dámaso alargó la mano para acariciar la perrita; pero ésta le ladró furiosamente.

—*C'est moi, Niniche!*—decía Dámaso apartando la silla.—*C'est moi, ami! Alons... Niniche.*—Fue necesario que María Eduarda reprendiera severamente á *Niniche*, la cual, sin embargo, continuó gruñendo.

—Ya no me conoce—decía embarazado,—es raro.

—Le conoce perfectamente—replicó María Eduarda, muy seria;—no sé lo que usted le hizo, pero el caso es que siempre que viene arma ese escándalo.

Dámaso balbuceaba:

—¿Qué le hice, señora?... Caricias, siempre caricias.

Entonces no se contuvo y habló con ironía, amargamente, de las nuevas amistades de la perrita. Allí estaba en brazos de otro, mientras que él, el antiguo amigo, quedaba olvidado.

Carlos reía.

—No digas eso... Doña María Eduarda asegura que siempre te tuvo odio...

—¡Siempre!

Dámaso sonreía con sonrisa forzada. Después, sacando un pañuelo orlado de negro, se limpió los labios y el sudor del pescuezo y recordó á la señora el disgusto que le diera el día de las carreras... Toda la tarde la esperó en vano.

—Era en vísperas de marcha—contestó ella.

—Sí, ya sé. Y ¿cómo está su señor marido? ¿Ha recibido usted ya noticias?

No contestó ella con la mirada fija en el bordado.

Dámaso preguntó entonces por la señorita Rosa y por su muñeca.

—Fué una lástima que no asistiera usted á las carreras—prosiguió, sintiéndose locuaz de pronto.— Las carreras fueron espléndidas. ¿Verdad, Carlos? Oiga, señora, puede usted estar cierta de que en ninguna parte hay un hipódromo tan bonito como el de Lisboa. La vista es magnífica... Se ve como los navíos pasan la barra... ¿No es verdad, Carlos?

—Si—dijo Carlos sonriendo—verdad es que no es propiamente un hipódromo; verdad, asimismo, que no hay caballos de carreras, que tampoco hay jockeys, verdad es que no hay apuestas... pero también es verdad que no hay público.

María Eduarda, reía alegremente:

—¿Pues qué hay?

—Se ve entrar á los navíos, señora.

Dámaso protestaba con las orejas coloradas; aquello era realmente querer decir mal á la fuerza.

—No, señor; no, señor; eran muy buenas corridas. Todo se hace como en el extranjero, con las mismas reglas, las mismas costumbres...

Y añadió muy serio:

—Hasta en el pesaje, hablamos siempre en inglés.

Repitió que las corridas eran *chic*. Luego no supo qué más decir y empezó á hablar de lo que se había aburrido en Peñafiel.

—Si siquiera hubiese mujeres con quienes hablar... ¡Pero cá! son monstruos. Y á mí labradoras y mozas sin medias no me gustan... Hay gente que las tolera... Pero yo, crea usted, señora, que no las puedo resistir.

Carlos se ruborizó. María Eduarda fingió no haber oído.

De repente Dámaso se acordó que traía un regalillo para la señora. No era ninguna preciosidad... Verdaderamente el regalo era para la señorita Rosa.

—Para no ir con misterios le diré lo que es. Seis barrilitos de huevos hilados de Aveiro. Es un dulce muy célebre hasta en el extranjero. ¿No es verdad, Carlos?

—Ciertamente, ciertamente—dijo Carlos.

Dejó á Niniche en el suelo, se levantó y fué á tomar su sombrero.

—¿Ya?—preguntóle María Eduarda con una sonrisa que era sólo para él.—Hasta mañana, pues.

Volvióse luego hacia Dámaso, como esperando que se levantara también.

Pero él permaneció quieto con aire familiar, balanceando una pierna. Carlos le alargó dos dedos.

—Hasta la vista. Expresiones á los del Ramillete; ya iré por allí...

Carlos bajó las escaleras furioso. De modo que allí se quedaba aquel imbécil, imponiendo groseramente su persona, tan obtuso que no advertía el enfado de ella, lo que la estaba fastidiando. Y ¿para qué se quedaba? Recordó de pronto que una noche, hablando de mujeres había dicho que su sistema era el de los arranques. ¿Si aquel idiota, de repente, entusiasmado y bestial, se atreviera á un ultraje? La suposición era insensata; pero se detuvo un momento en el patio con ideas feroces de esperar allí á Dámaso, prohibirle volver á subir aquella escalera y á la menor reflexión estrellarle el cráneo contra las piedras...

Pero sintió que se abrió una puerta y salió no queriendo ser sorprendido escuchando. El coche de Dámaso estaba en la calle. Entonces quiso saber cuánto tiempo permanecería en casa de la Castro Gomes y subió al Gremio. Apenas abrió una vidriera, cuando vió que Dámaso salía del portal, subía al coche y cerraba furioso la portezuela...

Aquella noche, después de cenar, Carlos fumaba solo en su cuarto, cuando apareció Dámaso que entró exclamando:

—¡Ea, dime! ¿Cómo diablos te he encontrado esta tarde en casa de la brasileña? ¿Cómo la conociste? ¿Cómo fué eso?

Sin mover la cabeza del respaldo del sillón, Carlos, lleno de buen humor, contestó en tono de paternal reprensión:

—¿De modo que tú expones á las señoras opiniones lúbricas acerca de las labradoras de Peñafiel?

—No se trata de eso — exclamó el otro colorado. — Cuenta, cuenta, ¡qué diablo! ¿Cómo la conociste?

Carlos imperturbable, cerrando los ojos como

para acordarse, empezó con tono lento y solemne de recitador:

—En una templada tarde de primavera, cuando el sol se hundía entre nubes de oro, un mensajero jadeante, se colgaba de la campanilla de Ramillete. Traía en la mano una carta lacrada con sello heráldico, y la expresión de su semblante...

Dámaso, ya fastidiado, dejó el sombrero y dijo:

—Páreceme que era más decente dejarte de tales misterios...

—¿Misterios? Estás obtuso, Dámaso. Entrás en una casa donde hay hace casi un mes una persona enferma, y te asombras de encontrar allí á un médico... A quién esperabas ver, pues, ¿á un fotógrafo?

—¿Quién está enfermo, pues?

Carlos en breves palabras, le explicó la bronquitis de la inglesa, mientras Dámaso, sentado en el sofá, y mordisqueando el cigarro, le miraba con desconfianza.

—¿Y cómo supo ella dónde vivías?

—Como se sabe donde vive el rey, dónde está la Aduana, hacia qué lado luce la estrella de la tarde. Estas cosas se aprenden en las aulas de instrucción primaria...

El pobre Dámaso dió algunos pasos por la sala, cada vez más atontado.

—Allí tiene á Román—dijo—que fué criado mío. Yo se lo había recomendado... Hace mucho caso de lo que le digo.

—Sí, sí, por unos días, mientras está fuera Domingo; pero le despachará porque es un imbécil y tú le has enseñado unas mañas...

Entonces Dámaso le confesó que al verle en casa de la brasileña había sentido cierto escozor, pero

que después, sabiendo que era por enfermedad, se había tranquilizado.

Y añadió encendiendo el cigarro:

—Apenas saliste, María Eduarda se puso de mejor humor. Reimos mucho... Permaneci en su casa hasta las cinco. Otra cosa. ¿Te ha hablado alguna vez de mí?

—No. Es persona de buen gusto y sabiendo que nos conocemos, no se atrevería á decirme mal de ti.

Dámaso le miró como asustado.

—Vaya, hombre, pues también podía haber dicho bien.

—No, es persona de buen sentido y tampoco se atrevería.

Y levantándose vivamente, Carlos abrazó á Dámaso por la cintura, acariciándole y preguntándole por la fortuna del tío y en qué amores, en qué viajes, en qué caballos de carrera, gastaría los millones.

Pero Dámaso mostrábase desconfiado y miraba de reojo á su amigo.

—Me parece - dijo - que tú también me la pegas... ¡No hay gente en quién pueda uno fiar!

—¡Todo en la tierra, Dámaso mio, es apariencia y engaño!

Pasaron á la sala del billar para hacer una "partida de reconciliación," y poco á poco, bajo la influencia que ejercía sobre él siempre el Ramillete sosegóse Dámaso, preguntó por don Alfonso de Maia, quiso saber si el guapetón del marqués estaba en Lisboa, y por fin preguntó por Ega.

—He recibido carta de él. El sábado, quizá, esté aquí.

Dámaso recibió un susto.

—Hombre, vaya una casualidad. Hoy mismo me

encontré á los Cohens... Llegaron hace dos días de Southampton... ¿Juego yo?

Jugó y erró la carambola.

—Sí, les encontré y les hablé un instante... Raquel está mejor, mncho más gorda... Llevaba un vestido inglés, muy bonito y gracioso... *Chic, chic* de veras. ¿De modo que Ega está de vuelta?... Pues chico, escándalo seguro.